

## MANO A MANO...



En un asiento de la antigua iglesia, depositó su soledad una triste y arrugada viuda. Era una viuda que lloraba ausencias... demasiadas ausencias. Y en el fondo de su ser, en su más íntima esencia, era simplemente un ser humano - *como tú o como yo* -, de carne y hueso - *como tú o como yo* -, que sufría - *como tú o como yo* -, que amaba - *como tú o como yo* -, que pensaba - *como tú o como yo* - y que soñaba - *como tú o como yo* -.

Era una viuda que lloraba en la peor de todas las noches para sufrir de soledad, o sea, lloraba sola, demasiado sola en la larga noche de un prolongado fin de año. Ni la espléndida imagen de la Virgen, ni la majestuosidad del templo, ni los cientos de devotas oraciones, lograban frenar su angustia y su tristeza sin fin, que se le anudaba retorcida y viscosa entre los poros de su desgastado cuerpo y se metía para adentro, muy adentro hasta sus huesos.

La soledad se le hacía demasiado lenta y pesada. Nada ni nadie, parecían poder o querer ayudarla, o tan siquiera escucharla... Sola, aunque rodeada de cientos y cientos de personas... y sin embargo, nadie a quien pedirle nada.

Y en lo más profundo del vacío, en lo más negro de su oscuridad... algo se produjo, quizá... quizá hasta demasiado parecido a un verdadero milagro, sino fuese porque era algo demasiado simple. Se sintió renacer en el medio de aquella concurrida iglesia, cuando una bonita niña, de largos cabellos negros y ojos de azabache, de tan solo doce años, le estrechó a la viuda la palma, con su tierna y cálida mano, en el medio de una oración comunitaria... y aunque esta terminó con un sonoro "*amén*", igual... igual no se la soltó. Y el milagro... se produjo. La mano de la niña resultaba para esa viuda, un corazón palpitante que gota a gota, latido a latido, le fue devolviendo poco a poco... las ganas de seguir con vida, que tan lejos se habían marchitado, mucho tiempo antes. Y todo, gracias a una mano...

Solamente una mano, una simple mano de una simple niña. Cuando salieron de la iglesia, parecía irreal la tibia sonrisa que iluminaba la cara de la anciana viuda... Y la niña de doce años, se sentía orgullosa, muy orgullosa de su acción: había puesto su mano, al servicio del otro.

En un asiento perdido de una plaza, depositó sus carencias de todo tipo, un triste y sucio pordiosero. Era un mendigo que solamente anhelaba algo - lo que fuese - para echar adentro de su vacío estomago... demasiado vacío y desde hacía mucho tiempo. Y en el fondo de su ser, en su más íntima esencia, era simplemente un ser humano - *como tú o como yo* -, de carne y hueso - *como tú o como yo* -, que sufría - *como tú o como yo* -, que amaba - *como tú o como yo* -, que pensaba - *como tú o como yo* - y que soñaba - *como tú o como yo* -.

Una elegante señora conversaba animadamente con su amiga y ante el pedido de limosna, introdujo su delicada mano en la cartera y extrayendo el monedero, sacó unas decrepitas monedas y se las dio al triste y sucio pordiosero, sin siquiera girar su rostro para enfrentarse a la descarnada miseria... No se detuvo, no lo miró, ni siquiera le dedicó unos escuálidos segundos de su tiempo, de alta alcurnia. Dinero sí, mirada no... y aunque nadie lo crea, al mendicante le dolió.

Y la muy bonita niña, de largos cabellos negros y ojos de azabache, ahora contaba con dieciséis primaverales años. Y vistiendo pantalón de jean y camperita negra de cuero, cruzaba por la plaza, rebosando de gracia, alegría y juventud. El pobre mendigo, débil y hambriento, hastiado y desvalido, con una voz de dolor que le surgía desde adentro, se le acercó tímidamente y le pidió una limosna, rogándole desde el corazón de su pobreza. Al oírlo, ella sintió hervir su corazón de compasión y quiso remediarlo, pero no llevaba encima, ni un mísero centavo para darle.

- *Hoy no tengo ni un centavo para darte...* - le dijo al sucio pordiosero - *cuanto lo siento. Te juro, que lo siento mucho...* - y le estrechó tiernamente la mano entre las suyas, emocionada y mirándolo a los ojos.
- *Gracias, por tratarme como a un ser humano...* - le contestó con un suspiro agradecido, el pobre diablo. Y en lo más profundo de su desesperanza, en lo más solitario de ese no tener nada... algo se produjo, quizá... quizá hasta demasiado parecido a un milagro, sino fuese porque era algo demasiado simple. Se sintió renacer en el medio de aquella enorme plaza, cuando la bonita niña, de largos cabellos negros y ojos de azabache, de tan solo dieciséis años, le estrechó su curtida y áspera palma entre las suaves palomas de sus manos... y por un largo rato, no se las soltó.

Y el milagro... se produjo. La mano de la niña le resultaba al mendigo, un corazón palpitante que gota a gota, latido a latido, le fue devolviendo poco a poco... las ganas de tener una esperanza, que tan lejos se habían marchitado, mucho tiempo antes. Y todo, gracias a una mano.

Solamente una mano, una simple mano de una simple niña. Cuando la niña se alejó, parecía mentira la tibia sonrisa que iluminaba la cara del mendigo... Y la niña de dieciséis años, se sentía orgullosa, muy orgullosa de su acción: había puesto su mano, al servicio del otro.

En una cama de hospital, yacía un triste enfermo. Era un enfermo que lloraba sueños y esperanzas... demasiados proyectos que morían. Y en el fondo de su ser, en su más íntima esencia, era simplemente un ser humano - *como tú o como yo* -, de carne y hueso - *como tú o como yo* -, que sufría - *como tú o como yo* -, que amaba - *como tú o como yo* -, que pensaba - *como tú o como yo* - y que soñaba - *como tú o como yo* -.

El aneurisma se le perforó en el esófago y una bocanada de sangre, salió violentamente expulsada de su boca. Todo se moría en él, pero el hambre de piel - ese eterno querer tocar y ser tocado por alguien - de aquel pobre y desahuciado enfermo, se le agudizó vertiginosamente, a un nivel descomunal... Desesperado, apretó sus dedos con todas las fuerzas de su palma, atrapando a la pequeña mano de una enfermera que corrió hasta su lado... y no se la soltaba, aunque ella le imploraba. Ella entonces comenzó a forcejear y a gritar. La mano de ese enfermo... no era una mano cualquiera. Era una mano fría, sudorosa y horripilante, desesperada y metálica, arenosa y pastosa, que como una garra o una prensa, la apretaba con demasiado fuerza... Tanta fuerza, que por un momento la enfermera temió que aquel muriente, quisiera llevársela con él, hasta las mismas puertas del infierno.

Fue una muerte horrible. La peor de las muertes... y sin que la Ciencia Médica pudiese hacer algo más, que mirarlo desde la alta cátedra de su máxima impotencia. El cadáver quedó rígido, tieso, duro... como dejando para siempre y de recuerdo, un esbozo de su férrea y desesperada voluntad de permanecer con vida. De tan agarrotado que sus músculos quedaron, debieron aflojarle dedo a dedo, luchando un largo rato, dos fornidos enfermeros contra el índice, el mediano y el anular cerrados, para que la frágil enfermera pudiese sacar su adolorida mano, de aquella tan sorpresiva como irrefrenable tenaza.

Y esa enfermera, resultó ser aquella niña muy bonita, de largos cabellos negros y ojos de azabache, erguida ahora sobre un título de enfermera y transitando sus juveniles veintidós años. Y la niña ahora mujer, de radiantes veintidós años, ese día no se sentía orgullosa, para nada orgullosa de su acción: había visto violentada su mano, obligada por la fuerza al servicio del otro.

*- Una cosa es tener ganas de dar tu mano y otra, muy distinta... que te obliguen a darla - meditaba ofuscada la bonita niña, devenida ahora en enfermera, mientras se refrescaba nadando en una bonita playa, durante unas bien merecidas vacaciones - nunca más le voy a permitir a nadie, que me tome de las manos por la fuerza...*

Una ola traicionera alcanzó a cuatro bañistas. Tres lograron nadar y ponerse a salvo... pero la niña bonita, lo intentó y no pudo... flotaba a la deriva, subiendo y bajando como un insignificante corcho... hasta que el agua comenzó a entrarle en los pulmones... salada, aceitosa, repugnante y con sabor a muerte... sacudió sus manos y sus piernas, logrando salir desesperadamente a flote... y hasta le pareció ver a los dos bañeros, que nadaban rápido hacia ella.

Y comenzó a hundirse lentamente... extendió hacia arriba su mano, como queriendo asirse de la ondulante superficie de aquel mar... o como queriendo mostrarle a los bañeros - que se acercaban rápido - el lugar exacto donde se estaba hundiendo su agotado cuerpo.

Entre las olas aparecía flotando solamente su mano... o solo la punta de sus dedos... como anhelando que alguien la tomara con violencia... Mano, esa parte de su yo que se extendía desde la muñeca, hasta el extremo de los dedos. Mano, manos. Manos de carne y hueso, como las de todos nosotros... que son capaces de mostrar el poder, el dominio y la autoridad... manos tan capaces de recibir como de arrebatar... de pedir o de robar... de prender un fuego para calentar, como para incendiar un edificio... de acariciar o de apretar un cuello... de cambiar un pañal o de castigar a un niño. Mano, manos. Como las de todos... Capaces de cosas buenas o de cosas malas... que revelan al mundo, lo que realmente somos...

Manos frías por el miedo, manos temblorosas de tanta tensión nerviosa, manos que sudan por la ansiedad... Mano, manos. Como las de todos... Mano, manos... que con suavidad o con violencia... también pueden ayudar.

Muchas veces las palabras nos molestan, ya que alejan el sagrado manto del silencio. Pero las manos hablan, sin interrumpir la calma y la quietud... Ni siquiera existen los discursos que alcancen a decir, todo lo que dicen nuestras manos... esas manos que derrotan soledades, que llenan infinitos... esas manos, que confirman el amor.

Mano, manos. Manos de niña bonita... que ahora - en el medio de la mar - ruegan y esperan desesperadamente, ser tomadas con violencia, por una fuerza bendita...

O que quizás, ni siquiera rogar pueden...

